

Jn 21,1-19

Apacienta mis ovejas... pastorea mis corderos

El Evangelio de Juan relata las dos instancias en que, el primer día de la semana (el día de la resurrección de Jesús y ocho días después), estando los discípulos reunidos a puertas cerradas, «viene Jesús y se para en el medio» (cf. Jn 20,19.26). La resurrección de Jesús es el «signo máximo», que corona la serie de siete signos que nos relata el evangelista: el agua convertida en vino en las bodas de Caná es el principio de los signos; la curación a distancia del hijo de un funcionario real que estaba enfermo en Cafarnaúm; la curación del enfermo en la piscina Betesda, junto a la puerta Probática (de las ovejas) en Jerusalén; la multiplicación de cinco panes y dos peces para alimentar a 5000 hombres en la orilla del Mar de Galilea; el camino sobre el agua en ese mismo mar; el don de la vista a un ciego de nacimiento; la resurrección de Lázaro de Betania. Después del relato de las dos reuniones de Jesús resucitado con sus discípulos, confesado como «Señor y Dios» (cf. Jn 20,28), el evangelista concluye su obra: «Jesús realizó en presencia de los discípulos otros muchos signos que no están escritos en este libro. Éstos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su Nombre» (Jn 20,30-31). La resurrección de Jesús es el signo máximo que basta para dar validez a todos los otros –escritos o no escritos–, como lo declaró Jesús cuando le pidieron precisamente un signo: «Destruyan este templo y en tres días Yo lo levantaré... Hablaba del templo de su cuerpo» (Jn 2,19.21).

El Evangelio de este Domingo III de Pascua es un epílogo agregado al IV Evangelio por otra mano. Está unido a la conclusión anterior con la frase: «Después de esto». Las dos primeras ocasiones ocurrieron en Jerusalén. Esta aparición o manifestación de Jesús resucitado ocurrió en Galilea a orillas del Mar de Tiberíades: «Se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades». Luego, el autor aclara: «Esta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos». Debemos observar que en las dos primeras instancias el evangelista evita al verbo «aparecerse» o «manifestarse» y usa la expresión «venir y ponerse en el medio». Lo hace, porque, cuando escribe su Evangelio, la comunidad cristiana ya se reunía habitualmente el primer día de la semana a celebrar la Eucaristía y entonces ocurre que Jesús, aunque no aparezca, «viene y se pone en el medio», tal como en esas dos primeras

instancias. En esas dos primeras reuniones los discípulos ciertamente lo vieron resucitado e incluso lo tocaron; pero no está menos presente en la celebración de la Eucaristía en todos los lugares en que se celebra «en memoria suya».

La tercera aparición circulaba entre los discípulos de Cristo y fue agregada al IV Evangelio probablemente porque se pensaba que era necesario completarlo con ese episodio conocido como «el primado de Pedro». El escenario –orilla del Mar de Tiberíades (o de Galilea)– es el mismo en que, tres años antes, Jesús había llamado a Simón diciendole por primera vez: «Sigueme» (cf. Mc 1,16-17). A este discípulo había cambiado el nombre, llamándolo «Cefas (piedra)» y había declarado: «Sobre esta "Piedra" edificaré mi Iglesia» (cf. Mt 16,18). Este mismo discípulo había jurado: «Yo daré mi vida por ti» y Jesús había respondido: «En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes que tú me hayas negado tres veces» (cf. Jn 13,37.38). Cuando Pedro hace ese juramento es sincero y habría luchado por Jesús, a quien reconocía como Cristo e Hijo de Dios, hasta dar la vida por Él. Pero, cuando vio que Jesús era humillado, golpeado y llevado preso, dudó de Él y entonces se encontró en un grave conflicto religioso: había confesado como Hijo de Dios y, por tanto, como igual a Dios (cf. Jn 5,18; 10,30.33), a uno que no lo era y estaba, por tanto, faltando contra el primer mandamiento de la Ley: «Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios, es Señor uno... Ustedes no irán detrás de otros dioses... porque un Dios celoso es el Señor tu Dios...» (cf. Deut 6,4.14.15). El mismo conflicto tuvieron todos los demás discípulos de Jesús, con la sola excepción de su Santísima Madre. La fe en Jesús, Hijo de Dios y Dios verdadero, perduró indefectible solamente en ella. Pedro y los demás discípulos aprendieron algo esencial al cristianismo: que la fe en Cristo es un don de Dios y no el resultado de un razonamiento humano.

Pedro y los otros seis discípulos que estaban con él en esa tercera aparición de Jesús resucitado habían vuelto a Galilea y habían vuelto a pescar. Estaba ocurriendo lo mismo que había ocurrido cuando fue encarcelado y muerto Juan el Bautista, a quien habían seguido anteriormente. Después de la pesca milagrosa, una vez que reconocieron a Jesús resucitado, Él entabla un diálogo con Pedro que concluye con la vocación del apóstol a ser pastor de las ovejas de Cristo. Le pregunta por primera vez: «Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?». En esta primera pregunta sobre el amor de Pedro a Jesús ese amor se compara con algo. Pero es difícil determinar con qué. Se suele entender la comparación con el

amor que tienen a Jesús los otros seis discípulos allí presentes. Pero no se encuentra un texto en que Dios nos pida amarlo a Él más que cuanto lo aman a Él los otros seres humanos; Dios nos pide amarlo a Él más que cuanto nosotros amamos cualquier otra realidad. Así también Jesús había dicho: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí... el que pierda su vida por causa mía, la encontrará...» (cf. Mt 10,37.39). Por tanto, lo que Jesús pregunta a Pedro es si lo ama a Él más que a todo lo demás, incluida su propia vida: «¿Me amas más que estas cosas (donde se incluye todo)?». En esta primera pregunta Jesús usa el verbo griego «agapao», que es el verbo usado en el mandamiento del amor a Dios: «Amarás al Señor tu Dios...» (cf. Mt 22,37). Pedro responde: «Sí, Señor, Tú sabes que te quiero». Usa el verbo griego «phileo», que es el verbo que expresa la amistad. Pedro quiere recuperar su condición de «amigo» de Jesús, a la cual Él los había elevado diciéndoles: «A ustedes los he llamado amigos (philos)» (Jn 15,15). En la tercera instancia de pregunta Jesús restituye a Pedro su amistad: «Simón de Juan, ¿me quieres?». A cada una de estas tres preguntas Pedro responde afirmativamente y Jesús le dice: «Apacienta mis corderos... mis ovejas... mis ovejas». La condición única que Jesús requiere para confiar a Pedro el cuidado de sus ovejas es el amor a Él total e incondicional. Se trata de las mismas ovejas sobre las cuales Jesús había afirmado: «Yo doy mi vida por las ovejas... Nadie las arrebatará de mi mano» (cf. Jn 10,15.28). Ahora las confía a Pedro, porque ha recibido de él la garantía de su amor. Luego, Jesús renueva a Pedro el mismo llamado de tres años antes, formulado en el mismo lugar: «Sigueme». Esta vez el seguimiento de Pedro será definitivo, hasta la cruz, como le había prometido Jesús: «Me seguirás después» (Jn 13,36).

El Evangelio de este Domingo III de Pascua es el más apropiado y significativo para este momento en que la Iglesia de Cristo se encuentra sin el pastor a quien Él pueda confiar sus ovejas. Para estar en plena sintonía con Cristo, los cardenales que entrarán en el conclave para la elección del Sucesor de Pedro deberán tener en cuenta, en primer lugar, el amor indefectible a Cristo que debe tener quien reciba de Él esta misión: «Apacienta mis ovejas».

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo emérito de Santa María de L.A.